

Roberto Meisel Lanner

Candidato a Magister en Educación por parte de la Universidad Simón Bolívar (2008). Docente de tiempo en la Corporación Universitaria Rafael Núñez Barranquilla. Autor de los siguientes textos: *De algunos de los protagonistas del segundo milenio*. Editorial Simón Bolívar, Barranquilla, volumen 1 tomos 1, 2 y 3 (2004-2008). *El Diccionario del Quijote*. Editorial El Cid. Bucaramanga, 2002. *La Mesa Redonda*. Tercer Mundo Editores. Bogotá, 1997.

El Proceso contra Sócrates

Palabras clave:

Atenas, Religión, Filósofos, Diálogos, Proceso, Democracia, Amistad, Justicia.

Key words:

Athens, Religion, Philosophy, Dialogues, Process, Democracy, Friendship, Justice.

Resumen

El suceso más importante del trasegar del filósofo que no sabía lo que era filosofar, fue el trámite judicial que se adelantó en contra suya alrededor del año 399 cuando ya su curva vital descendía vertiginosamente al eclipse, consecuencia de una acusación de impiedad adelantada ante el Arconte¹ por tres ciudadanos atenienses, un poeta mediocre, un político del montón y un orador desconocido instigado quizás por Terámenes.² En el diálogo platónico³ “Eutifrón”, el acusado declaraba: “*que el acto piadoso no lo era porque complaciera a los dioses como suponía su interlocutor el adivino Eutifrón sino, por el contrario condescendía a los dioses porque era piadoso*”, sin olvidar el ilustre maestro que unos cuarenta años después de la muerte de Jenófanes de Colofón. Un decreto de Diopetes promulgado en Atenas (433 a.C.) prohibió “hablar de las cosas celestiales bajo la pena de ser enjuiciado por impiedad”.

Abstract

The most important event of run of life the philosopher who did not know what was philosophizing, was the judicial review that was advanced against him around the year 399 when his curve vital to eclipse fell sharply, a result of an accusation of impiety advanced to the Arconte Athenians by three citizens, a mediocre poet, a politician of the pile and a speaker unknown perhaps instigated by Therámenes. In the Platonic dialogue “Euthyphro”, the defendant said: “*pious act that was not why please the gods as his supposed partner guess the Euthyphro but rather pleased the gods because he was pious*”, without forgetting the illustrious teacher that some forty years after the death of Xenophanes of Colophon. A decree promulgated Diopetes in Athens (433 BC) banned “talk about things heavenly under penalty of being prosecuted for impiety”.

1. Arconte. Magistrado de la Antigua Grecia. Diccionario RAE, recuperado el 30 de abril de 2008, Disponible en la página de Internet: <http://www.rae.es>.
2. Terámenes. Demócrata Moderado de la Grecia de la época. Diccionario RAE, recuperado el 30 de abril de 2008, Disponible en la página de Internet: <http://www.rae.es>.
3. Platón. *Diálogos* (sin fecha). Tomo 2, pp. 39 y ss, Ediciones Momo, Bogotá.

Recibido: abril 18 de 2008 / Aceptado: junio 19 de 2008

**“Lo ético solo constituía para los griegos
una modalidad de la tendencia
de todas las cosas a la perfección”**

Platón⁴

La mayoría de los cronistas están de acuerdo en sostener que el deseo de Platón cuando plas-
mó el perfil de aquel hombre que pasó la mayor
parte de su tiempo en el ágora sin hacer nada,
para furia de su consorte, salvo indagar sin cesar
a sus coterráneos acerca de lo humano y de lo
divino con el fin de mortificarlos o adiestrarlos,
yo erijo lo segundo, era perpetuar esa tremenda
carga de humanidad que había en su corazón por
todos los seres humanos. Es que los ojos de este
hijo de un picapedrero (469 a.C.) perennemente
estuvieron puestos en el conocimiento y en la
exaltación de la virtud, substancialmente la pru-
dencia, como máximas de subsistencia sin que
se pudiera transar con ellas. Supo, pertinente es
admitirlo desde ahora, convertir los problemas
prácticos en problemas científicos, así como
Jesús supo convertir en su momento los proble-
mas cotidianos en problemas religiosos⁵ (Lc 10,
38-42) con una exigencia irónica singular hasta
el punto que seducía a los más circunspectos y
desarmaba a los mofletudos. El problema crítico
de las imputaciones dirigidas contra su persona,
recubre el hecho de establecer cuál era su autén-
tica filosofía de vida y si verdaderamente existió
un alud de enseñanzas que algunos ya detestaban
por la especificidad de su reflexión y se ahonda

más con las fuentes que han nutrido ese ma-
nancial histórico. ¿Fue Aristófanes el que abordó
sin proponérselo, la cuestión de corromper a la
juventud dirigida contra el hijo de Fenareta por
el trazo que hizo en *Las nubes*? No es factible,
porque el hecho ya se advertía venir si se avizora
la diatriba de Calicles: “*Has huido Sócrates, del
corazón de la ciudad y de la asamblea has per-
dido tu calidad de ciudadano, para permanecer
en una esquina cotilleando en compañía de tres
o cuatro jóvenes...*” (Platón, *Gorgias*),⁶ aunque
Platón confesó que sí había favorecido porten-
tosamente a acomodar el ambiente desfavorable
a Sócrates ofreciéndole a la satisfacción pública
en su obra *Las Nubes*⁷ (153 y ss): “Discípulo:
Pues ¿qué dirías si conocieses otra idea genial
de Sócrates? Querefonte de Esfeto le planteó la
siguiente rémora: ¿*Los mosquitos zumban por
la boca o por el culo?*... Sostenía que el intestino
del mosquito era angosto y que por causa de su
delgadez el aire lo atravesaba con fuerza dere-
cho hacia el trasero y que después cual concavi-
dad anexa a la angostura el jopo resonaba por la
violencia del resoplido. Estrepsiades: ¿*De modo
que el culo del mosquito es una trompeta!*”⁸ Lo
raro en todo este contexto, enrarecido de suyo,
es que resultaba insólito que solo después de
décadas de estar en esa actividad –que no era
otra que colocar los grandes intereses de la hu-
manidad por encima de las variaciones de la
época, de las formas políticas y de las disputas

4. *Ibid.* pp. 183 y ss.

5. *La Santa Biblia* (1989). Lucas, Capítulo 10 Versículos 38, 42,
p. 1294. Versión Reina Valera, Sociedades Bíblicas Unidas.
Bogotá, Colombia.

6. *Op. cit.*, Platón. Tomo 2. pp. 183 y ss.

7. Howatson (1991). *Diccionario de la Literatura Clásica*. pp.
23 y ss. Editorial Alianza. Madrid, España.

8. Eco. H. *Historia de la fealdad* (2007), pp. 134 y ss. Editorial
Lumen. Barcelona.

entre los individuos— se le viniera a cuestionar precisamente en momentos en que ya estaba en el crepúsculo de su transitar. Había algo más, la unidad de la existencia de este personaje, amante de la verdad y al mismo tiempo modelo de conducta virtuosa a pesar de que distinguía con su cariño a dos jefes del partido aristocrático Critias y Alcibíades y refractarios por ende a la incipiente democracia y nunca dio una mala nota o un espectáculo burlesco o censurable (Platón, *Simposio*).⁹ Es de conjeturar por esto, dada la idiosincrasia de la *polis*, que a Atenas solo le interesaba constreñir al pensador con el proceso a reconocer la soberanía popular.

No existe constancia de que el acusador de Sócrates¹⁰ (Jenofonte, *Memorables* I, 1-2) o los acusadores de aquel (Platón, *Apología*) hubiere (n) recibido agravios constantes del ciudadano oriundo del *demo* de Alopece, tal vez una que otra descarga sarcástica, por ende los cargos debieron responder a un movimiento masivo de opinión, harta de la injerencia metódica del filósofo, del cual aquel o aquellos acusadores se hizo (hicieron) parte interesada como intérpretes de la voluntad popular. El modo de vida de Sócrates, casado con Jantipa y de pronto en primeras nupcias con una nieta de Aristides, el Justo, era frugal y modesta, su añeja firmeza al frío y al hambre fueron proverbiales y esa presunción incomodaba a incontables personas, incluso como carecía de ambición de poder, de hecho no supo presidir la pritanía a nombre de

su tribu lo que provocaba risas¹¹ (Platón, *Gorgias*). Eso tampoco engendraba gran impresión, por el contrario se suponía que lo hacía por hipocresía, sin entender ellos que persistentemente prefirió situarse al lado de la ley y de la justicia que sostener por pavor a la prisión a la muerte, a los atenienses y sus injustos propósitos. “No obstante su buena intención y el incesante esfuerzo desplegado por este individuo solo rindió recursos emergentes y mera retórica a sus prosélitos”¹² que más tarde se diluyeron en múltiples directrices y que poco a poco deformaron la estructura de su pensamiento, si fue verdad que pudo ser delineada ya que Aristóteles dijo “que la mayor parte de los planteamientos del Sócrates de Platón debían ser reputadas doctrinas de este y no de aquel”.¹³

No puedo omitir aquí que Sócrates era un educador —a pesar de que lo negó con vehemencia— “ya que nadie pudo haber escuchado de él, una cosa que otros también no hayan podido escuchar”¹⁴ (Jenofonte, *Memorables* IV, 1-249) puesto que sondeaba la realidad de un conocimiento que pretendía tener su interlocutor, para volverlo más explícito o coherente (Platón, *Apología*.¹⁵ Aristóteles,¹⁶ *Metafísica*.¹⁷) y si no era así entonces esa persona debía reti-

9. Platón (sin fecha). Tomo 3. pp. 80 y ss. Ediciones Universales. Bogotá.

10. Jaegger W. (1994). *Paideia*, pp. 396 y ss. Ediciones FCE Fondo de Cultura Económica. México.

11. *Op. cit.*, Platón. Tomo 2. pp. 183 y ss.

12. Meisel Lanner, Roberto (2008). *Analogía entre Sócrates, Jesús y Nietzsche a partir del pensar*. p. 8 (proyecto inédito disponible en la Corporación Universitaria Rafael Núñez Barranquilla, Colombia).

13. Laercio Diógenes (sin fecha). *Vidas y opiniones de los filósofos*. pp. 142 y ss. Ediciones Universales. Bogotá.

14. Brunschwig J. y Lloyd, G. (2000). *El saber griego*. pp. 580 y ss. Ediciones Akal. Madrid, España.

15. *Op. cit.*, Platón. Tomo 2. Tomo 2. pp. 5 y ss. Bogotá, Colombia.

16. Jaegger, W. (1984). *Aristóteles*. pp. 195 y ss. México.

17. Aristóteles (1995). *Metafísica*. pp. 255 y ss. Ediciones Universales. Bogotá, Colombia.

rarse y admitir el cuestionamiento del maestro y porque estuvo invariablemente interesado en recomendar mecanismos para catequizar a todos los ciudadanos –una de las críticas más concretas contra su proceder fue que solo se interesó por la clase alta, ya que la baja o los esclavos, con excepción quizá de Menon, poco o nada le incumbieron– en arquetipos de lo bueno y de lo justo: “*Que todos busquemos al mejor maestro, primero para nosotros y a continuación para estos jóvenes*”¹⁸ (Platón, *Laques*). Eso significó que sintió la necesidad de ayudar a la innata capacidad de aprender y de enseñar. La premisa de una codificación de esa índole sería la comprensión de los medios por los cuales se le confería peso a esos conceptos, ardua y dolorosamente conquistados a través de los sucesivos razonamientos inductivos que llevaba a cabo diariamente en pro de la evolución de la juventud ateniense, su verdadera preocupación, al margen de consideraciones puramente eróticas. La actitud pues de Sócrates estuvo en asimilar –merced a la voz de su *daimon* que cuando se dejaba escuchar le desviaba invariablemente de lo que pretendía hacer pero no lo impulsaba nunca¹⁹ (Platón, *Apología*)– la experiencia y la existencia para deslindar lo bueno de lo malo y mostrar cuáles eran los verdaderos valores por los cuales debía seguirse la *polis* para ser mejores o alcanzar la perfección. La aristocracia logró a medias lo primero ya que prevalecía un pesimismo atroz, él, un simple hijo del picapedrero intentó lo se-

gundo y a un costo muy alto dado lo que su propuesta significaba.

Cuando Sócrates objetó la mediocridad del medio, para dedicarse de lleno a los jóvenes, el futuro de la *polis*, subestimó el privilegio que perpetuamente han tenido los mediocres para medrar desde las alturas y esto también incidió en lo que le sobrevino a manera de retaliación. Nunca podré por eso, entender a Nietzsche cuando calificó a este conspicuo varón, “el único payaso que se hizo tomar en serio”²⁰ (demasiado humano) ya que su actitud crítica se encaminaba a desmitificar los valores de la urbe, sin eufemismos. La ironía socrática pudo ser el talismán que atrajo esa expresión del filósofo germano, porque seguramente lo reputó un signo del resquemor de un plebeyo dirigido a la altivez del aristócrata o la sutil venganza contra una casta a la cual paradójicamente admiraba, pero eso se desvanece, a mi entender, por la manera como esgrimió el estilete dialéctico, su *agon* dentro de los círculos más altos de Atenas, para desmascarar la superficialidad de los poderosos. No podía sentir envidia de nada, un hombre como él, que al caminar despejado por el ágora o la plaza del mercado suspiraba y exclamaba, “cuántas cosas hay que no necesito”.²¹ (Platón, *Carmides*). Posiblemente supo que ellos tenían necesidad de su presencia, sin embargo poco le importaba, ya que había alcanzado el dominio sobre sí mismo y no era verdad que se iba a convertir en arlequín de los demás y eso produjo un

18. *Op. cit.*, Platón. Tomo 2. pp. 55 y ss. Bogotá, Colombia.

19. *Op. cit.*, Brunschwig J. y Lloyd. pp. 535 y ss.

20. Nietzsche, Federico (1995). *Humano, demasiado humano*. pp. 128 y ss. Edafe Editores. Madrid, 1995.

21. *Op. cit.*, Platón. Tomo 2. pp. 98 y ss. Bogotá, Colombia.

singular revolcón que desencadenó un pronóstico espeluznante, era un peligro igual que Jesús²² (Jn 11, 46-50). No se sabe qué es lo que rige en el mundo porque si bien esboza signos de una regularidad y orden impresionantes, en otros eventos actúa de manera arcana y sus veleidades son resbaladizas, incluso sus objetivos resultan oscuros e imprevisibles. Tanto el maestro griego como el judío se percataron de ello y nada pudieron hacer, ellos que sí podían²³ (Platón, *Apol. Gor.* Lc 22, 41 y 42) ya que fueron conscientes del peligro que existía en fiarse de la intuición humana para tutelar a la sociedad lo que disminuía el poder de la ley.

Al percatarse el sabio de que no podía emanciparse de la decadencia ni mucho menos combatirla con acritud, el espíritu de pesadez se abalanzó sobre él y como respuesta a tan peregrina posesión, simplemente dejó que los acontecimientos corrieran raudos a su destino, a la postre no fue Atenas, fue él mismo quien ambicionó morir. En esto tuvo razón Nietzsche,²⁴ cuando mostró que Sócrates de ningún modo supo que era médico, quiso serlo que es distinto, por eso no podía curar ya que solo la muerte era el galeno y sí remediaba pero irreversiblemente, de ahí sus últimas palabras, demandando una ofrenda al dios de la salud²⁵ (Nietzsche, *Cómo filosofar a martillazos*, 11). Platón redujo a dos formas básicas, el modo socrático de educar, la

exhortación y la indagación, ambas se desenvolvían como preguntas y respuestas y a través por ejemplo del Protágoras²⁶ puso a descifrar otros mecanismos a través de la cual se movía la sofística, su rival junto a la rapsodia. “*Soc. Si afirmas que no conoces los demás poetas, ¿Cómo puedes hacer ese juicio? ¿Qué técnica maravillosa es, pues, la tuya? Si consideramos por ejemplo la técnica de los números... Ion, querida cabeza, cuando muchos hablan del número y uno lo hace mejor, ¿reconocer alguien sin duda a quien así habla?... Ion. Afirmativo...*”²⁷ (Platón. “Ion o de la poesía).

La *polis* de Atenas por aquella época como ya tuve ocasión de enseñarlo en capítulos anteriores²⁸ (este discurso forma parte del adjunto de un texto de indagación titulado: “Génesis del derecho procesal a partir del mito, del drama y del teatro griego” aún en escrutinio conceptual) vivió momentos de tensión con sus vecinos a fin de consolidar su hegemonía en la región y Sócrates para no ser inferior a las circunstancias luchó en el campo de batalla y en el proceso que se le adelantó se puso presente esa presencia activa, tal vez para paliar los efectos de su negativa a ingresar a la carrera política²⁹ (Platón, *apología*, 31 E) ya que solo actuó una sola vez en una corporación pública y se opuso a la decisión

22. *La Santa Biblia* (1989). Juan Capítulo 11 Versículos 46. pp. 1343.

23. *La Santa Biblia* (1989). Lucas Capítulo 22 Versículos 41 y 42. pp. 1316.

24. *Op. cit.*, Nietzsche. pp. 223 y ss. Madrid.

25. *Ibid.*, pp. 128 y ss. Madrid.

26. Platón (sin fecha). *Diálogos*. Tomo 1. pp. 15 y ss. Bogotá.

27. Mejía Toro, Jorge Mario (2003). *El teatro filosófico y la rapsodia*. pp. 35 y ss. Editorial Universidad de Medellín, 1ª Edición. Medellín.

28. Meisel Lanner, Roberto (2008). *Génesis del Derecho Procesal a partir del mito, del drama y del teatro griego*. Aún en Escrutinio conceptual (Proyecto en preparación y sin fecha). pp. 23 y ss. Proyecto inédito disponible en la Corporación Universitaria Rafael Núñez, Barranquilla.

29. *Op. cit.*, Jaegger, W. pp. 469 y ss. México.

mayoritaria de condenar a los jefes militares en el apremio de las Arginusas³⁰ (Platón, *Gorg.*, 453, E) puesto que le pareció monstruoso. Cabe suponer y eso lo atisbó W. Jaegger³¹ (*Paideia*, III, 1-2), que sus ideas sólidas contra la democracia se apuntalaron con ese juicio que probaba el deterioro de la democracia tras la guerra del Peloponeso y que un talante suyo fraguado por secuela de las heroicas guerras médicas³² (Jenofonte *Mem.*, III) solo percibía que todas las relaciones entre los mortales estaban supeditadas al mando de uno, el timonel sobre el barco y la tripulación, o el médico sobre el paciente, etc., y no en la bulliciosa apreciación de la burda y soez mayoría. Hay que considerar al hombre en su realización específica y sopesar las consideraciones que vertió en medio de su densidad específica; solo así se podrá consentir que los grandes mortales lo fueron porque precisamente interpretaban hechos y no simplemente veían situaciones y se involucraban sin ton ni son, ellos en cambio iban mucho más allá. ¿Qué le faltaba a la sazón a Sócrates para merecer la inmortalidad? ¿Solo la muerte?

Es hora ya de que me involucre en el tema cuyo título encabeza este discurso para comprobar de entrada que la presencia del ser humano en el orbe implica añadirse a ese estrambote amor u odio, o sea un vivir sin vivir en uno o un vivir con uno sin otro. A medida que pasaba el tiempo, conviene agregar aquí, Sócrates consciente de que estaba apuntando las últimas

palabras, de propósito colocaba puntadas de interrogación cada vez más grandes detrás de las fórmulas huecas de los atenienses, *igual que Jesús con los judíos*³³ (Mt 23, 1-35. Lc 22, 66-68) y así desvanecía los pretensos argumentos que esbozaban sin ponerse la máscara e incluso sin astucia se olvidó de refugiarse en gimnasios rodeado de amigos leales y en la más absoluta intimidad a fin de poner la cara y el pecho. De esta manera se fue tejiendo la red cada vez más gigantesca, hecha por unos refinados en perfidia igual que los saduceos³⁴ (Mc 14, 53-65) y la consecuencia natural y obvia de la misma fue la torpe indignación moral que se fue apoderando del pueblo ateniense igual que el hebreo³⁵ (1 Cor 1, 22. Jn 19, 7) y ciertamente cayó ingenuamente en la malla. Entonces creyeron que era menester escarmentar al filósofo igual que al hijo del carpintero José³⁶ (Jn 18, 19-24. Lc 22, 2) a fin de buscar una salida decorosa al esperpento que los estaba ahogando y salvar de esta manera al sistema en peligro. Es menester tener presente que en un proceso de esta índole, la farsa comenzaba desde el prólogo hasta que se bajaba el telón, y después el aplauso acreditaba que los histriones habían cumplido a cabalidad el rol escrito por unos libretistas de sumidero. A simple vista, de antemano todo estaba ya decidido, siempre y cuando el acusado se retractara o pidiera per-

30. *Op. cit.*, Platón. Tomo 2. pp. 183 y ss. Bogotá.

31. *Op. cit.*, Jaegger, W. pp. 389 y ss. FCE. México.

32. *Ibid.* pp. 400 y ss. FCE. México.

33. *La Santa Biblia* (1989). Mateo Capítulo 23 Versículos 1-35. p. 1227, Lucas Capítulo 22 Versículos 66-68. p. 1317. Bogotá.

34. *La Santa Biblia* (1989). Marcos Capítulo 14 Versículos 63-65. p. 1267. Bogotá.

35. *La Santa Biblia* (1989). Primera carta a los Corintios, Corintios Capítulo 1 Versículo 22. p. 1430, Juan Capítulo 19 Versículo 7. p. 1355. Bogotá, Colombia.

36. *La Santa Biblia* (1989). Juan Capítulo 18 Versículos 19-24. p. 1354, Lucas Capítulo 22 Versículo 2. p. 1315. Bogotá.

dón para ir al exilio –una pena gravosísima– no obstante, el populacho judicial desconocía que estaban en presencia del hombre más profundo de Occidente, el más incisivo y de pronto hasta el más sórdido y que no iba a ser fácil ajustarle las tuercas suficientemente y por eso su defensa –si es que a ese alegato irónico puede denominársele defensa técnica o persuasiva igual que la del Nazareno ante Pilato³⁷ (Jn 18, 33-35)– se inició como el epílogo a una burla sistemática de la ineptitud e insolencia de los ilustres atenienses, personas irreflexivas que ninguna vez echaron de percibir a proveer el recuento de sus funciones y en su intimidación igualmente acabó por reírse de sí mismo, ya que al escrutar su cognición hallaba la misma torpeza voluptuosidad, ese fue su mérito.

El toque de gracia que rebasó la copa en Atenas, contra el camarada de Platón, o sea aquello que desde hacía tiempo lo había predispuesto contra la comunidad ateniense, fue la concluyente manifestación del oráculo de Delfos, a instancia de un amigo suyo según Laercio:³⁸ “Sócrates es el sabio entre los hombres” (Laercio, *Vidas de los filósofos más ilustres*, libro II) ya que puso en guardia a la clase dirigente y concitó la envidia de muchos que se tenían igualmente por sabios, infiriendo que el auspicio los declaraba ignorantes (*Ibidem*. II). Igual acaeció con Jesús frente a sus correligionarios³⁹ (Jn 7, 42-52. Mc 12, 28-34. Lc 9, 28-35). Entonces, algunos in-

solentes (Melito, Anito y Licón) buscaban la oportunidad para desquitarse de esa aureola que como un nimbo se posaba sobre la testa de Sócrates según los áulicos que le seguían, igual que Jesús⁴⁰ (Jn 15, 18-19-20) y fraguaron el plan siniestro para detenerlo y liquidarlo, equivalente a lo que sucedió con Jesús (Mc 12, 1-8. Id 14, 1).⁴¹ Platón⁴² sostuvo (*Apología*) que Anito actuaba a nombre de los artesanos y magistrados del pueblo, Licón a nombre de los oradores y Melito por los poetas –cuando Sócrates⁴³ refutó a *Ion* el rapsoda puesto que no podía dominar todo aquello que Homero había cantado, puso en ridículo a los vates, ¿si no es sobre las técnicas que impuso Homero sobre qué recitaba entonces? y se ganó el odio de ese gremio tan presumido de estar en contacto con las musas (Platón, *Ion* o de la *poesía* 537 a 2-3)– y que había sido el sofista Polícrates el que redactó la oración acusatoria que en lo pertinente expresaba: “Melito Piteense,⁴⁴ hijo de Melito acusó a Sócrates Alopacense, hijo de Sofronisco de los siguientes delitos: Sócrates quebranta las leyes, negando la existencia de los dioses que la ciudad tiene recibidos e introduciendo otros nuevos y obra contra las mismas leyes, corrompiendo a la juventud. La pena debida es la muerte”. La defensa que hizo de sí mismo, el acusado, según Jenofonte⁴⁵ (*Mem.* III y ss) favoreció a prohijar su condenación. En efecto esgrimió un tono sarcás-

37. *La Santa Biblia* (1989). Juan Capítulo 18 Versículos 33-35. p. 1354. Bogotá.

38. *Op. cit.*, Laercio, Diógenes. pp. 55 y ss. Bogotá.

39. *La Santa Biblia* (1989). Juan Capítulo 7 Versículos 42-52. pp. 1335 y 1336, Marcos Capítulo 12 Versículos 28-34, Lucas Capítulo 2 Versículos 28-35. p. 1275, Bogotá.

40. *La Santa Biblia* (1989). Juan Capítulo 15 Versículo 19-20. p. 1350. Bogotá.

41. *La Santa Biblia* (1989). Marcos Capítulo 12 Versículos 1-8. p. 1260. Bogotá.

42. *Op. cit.*, Platón. Tomo 2. pp. 122 y ss. Bogotá.

43. *Op. cit.*, Mejía Toro, Jorge Mario. pp. 112 y ss. Medellín.

44. *Op. cit.*, Jaegger, W. pp. 397 y ss. México.

45. *Ibid.* pp. 423 y ss. México.

tico y aun despectivo contra los jueces⁴⁶ (Platón, *Apología*) y no se preocupó menos de desvanecer los cargos que de soliviantar en la conducta misma que había motivado la acusación, igual que Jesús⁴⁷ (Lc 23, 2-24). Eso mostró que él –y Jesús– tenía(n) una avidez descomunal de des- crédito e indiferencia por el favor de sus verdugos, nada de súplicas o ambigüedades y eso equivalía a esperar una respuesta dura e implacable.

Hay pocas sensaciones más amargas que el de haber visto o presentado, cómo un individuo superior va a caer, pero ahí no se detiene la cuestión, aumenta tal impacto cuando subyace detrás de todo ese andamiaje una especie de fatalidad profunda, un juego en que parece que interviniera un hado para desviar el curso normal de los acontecimientos y sacar del escenario casi que a la fuerza a un sujeto reuniendo a su alrededor fuerzas extrañas a fin de caducar sus posibilidades más nobles. Algo semejante sucedió con Jesús (Jn 3, 19. Id 12, 35).⁴⁸ ¿Cuántas veces la recurrente historia de la humanidad no ha mostrado a hombres de casta sometidos a misteriosas encerronas en virtud de sus esfuerzos por sacar de la estúpida inconsciencia a sus congéneres? Basta con citar a este epónimo maestro, al Mesías, al vencedor de Salamina, al que cruzó el Rubicón, etc., hombres de primer rango que se estrellaron contra la muralla de indiferencia o rencor que el destino hizo construir a sus espal-

das para que se mantuviera el sistema vigente de las cosas. Sócrates se alzó contra toda especie de ignorancia y lo hizo con el perfume de la ironía –no del sarcasmo que es su primo indigente– e incluso cuando avizoró que las cosas seguían igual o peor, buscó sentirse perseguido para que la posteridad agobiara a sus detractores. Algo semejante acaeció con Jesús (Mt 23, 1-36).⁴⁹ El proceso tuvo lugar en el 399 y el tribunal de los heliastas –llamado así porque sesionaba a pleno sol– llamado también popular, estableció su culpabilidad por 280 votos contra 220. La sentencia de muerte fue decidida en una segunda votación, no obstante, el filósofo jamás perdió la calma y aunque durante el trámite de la causa pudo haber reclamado su autoexilio, el solo pensar su discurrir fuera de las murallas de la ciudad le hizo pensar lo contrario y admitió el veredicto inicuo. Es del caso aclarar que la institución del jurado no se hallaba en Grecia como algunos han pretendido, en Atenas, verbigracia, los heliastas aunque jueces populares ni por su número ni por su manera de constituirse en órgano judicial podían ser comparados al jurado que se conoce merced a los sajones cuando se establecieron por la fuerza en Inglaterra al despuntar el segundo milenio. Fueron dos entidades disímiles si bien en el fondo tenían la misma misión, no así la composición y ni el funcionamiento.

¿Fue reducido Sócrates a la mínima expresión por ese fallo? De ninguna manera. Y ¿cómo podría ser de otro modo? Por el contrario

46. *Op. cit.*, Platón. *Diálogos*. Tomo 2. pp. 5 y ss. Bogotá.

47. *La Santa Biblia* (1989). Lucas Capítulo 23 Versículos 2-24. p. 1318. Bogotá.

48. *La Santa Biblia* (1989). Juan Capítulo 3 Versículo 19. p. 1326, Juan Capítulo 12 Versículo 35. p. 1345. Bogotá.

49. *La Santa Biblia* (1989). Mateo Capítulo 23 Versículos 1-36. pp. 1228-1989. Bogotá.

consciente de que había arribado a la madurez de la subsistencia con las complicaciones que eso aparejaba –a propósito de este fondo, Nicolás Sebastián de Roch, llamado De Chamfort,⁵⁰ apuntó siglos después en uno de sus trozos ya clásicos que había que someterse con sumisión a las injurias del tiempo y a las injusticias de los hombres– optó por mantenerse incólume y en ningún momento perdió la calma. La sutileza de su talante puso a vacilar a muchos de sus prosélitos; el mismísimo Platón quiso aprovechar esa sensación de angustia y subió al estrado para loar al cofrade jefe pero los intereses lo detuvieron y multiplicaron aun más los tentáculos para apretujar crecidamente al solapado acusado. Después de todo, era cuestión de consciencia no de afecto o relamen. Tras la encerrona procesal contra Sócrates –igual que la farsa montada contra Jesús (Mt 27, 1-2. Mc 15, 1-20. Lc 231-5. Jn 18, 28-40)⁵¹ que además tenía todos los componentes del mito –por aquello del ideal del ciudadano griego–, del drama, por aquello de su ingrediente trágico y del teatro por aquello de la pose escénica que adoptaron los distintos protagonistas (actores, espectadores, tramoyeros y libretistas), se sintió en el ambiente una hostilidad hacia la libertad de pensamiento que tuvo su repercusión más tarde en la figura de Aristóteles, puesto que se vio compelido a huir de la *polis* para no correr la misma suerte del maestro de su preceptor. Por fortuna la desaparición de Sócrates tras

una serie de escaramuzas y forcejeos, la libertad de pensamiento no se volvió a sentir amenazada como sucede en la actualidad (2008) y los causahabientes de aquel cuyos principales voceros fueron Platón, Jenofonte y Antístenes tomaron diversos caminos y alentaron de esta manera la vida y obra de un ateniense singular, igual que los prosélitos de Jesús (Hch 2, 14. Id 4, 32. Id 8, 26. Id 9, 1-25).⁵² Los dos primeros fueron los primeros en dar al fin de su maestro el sentido de víctima de la injusticia de la sociedad, por eso Cicerón,⁵³ calificó a esos jueces perversos y Marco Aurelio de chusma en el barroco, Montaigne y Erasmo desde sus minaretes le distinguieron como el farol de la sabiduría cuyo afán por la verdad le condujere al sacrificio y finalmente fue Condorcet el que discurrió su muerte, como el primer crimen acaecido en la disputa entre la filosofía y la superstición, forcejeo que aun subsiste (2008).

La causa criminal adelantada contra Sócrates, pudo constituir en el fondo, la avidez de una *polis* descontenta por sancionar el apetito constante de este prócer de la emancipación individual, por crear una auténtica cultura y la necesidad de escudriñar el interior de toda persona para toparse con la virtud. Lo cierto en aquel trámite fue que su arte no satisfizo a los conspicuos de su época pero brindó a los mejores de las generaciones posteriores esa posibilidad, y la aprobación de sus aspiraciones éticas le aseguró la gloria. Es que Sócrates, conviene anotar aquí, supo ha-

50. Cioran, E. (1994). *Silogismos de la amargura*. pp. 18 y ss. Editores Tusquets. Barcelona, España.

51. *La Santa Biblia* (1989). Mateo Capítulo 27 Versículos 1-12. p. 1235. Marcos Capítulo 15 Versículo 1-20. pp. 1267 y 1268. Bogotá.

52. *La Santa Biblia* (1989). Hechos de los Apóstoles Capítulo 2, Versículo 14. p. 1361. Bogotá.

53. *Op. cit.*, Brunschwig J. y Lloyd, G. pp. 580 y ss. Madrid.

llar las cosas buenas de los tiempos pretéritos y de los retóricos de antaño que yacían a la intemperie custodiados únicamente por el temor y por el prejuicio de aquellos que las conocían donde estaban, entonces las tomó para sí, las enriqueció con su toque personal, —merced a que sabía que nada sabía— y luego con denuedo las entregó por fases a los demás para que fuesen aceptadas y veneradas. Sócrates ha sido el espíritu más libre de todas las épocas, comparados con él, los restantes individuos palidecen y parecen afectados o con una pose menor. A la hora de cotejarlo con Jesús, solo afinidades dialécticas atinó en sus actuaciones y solo pudo concurrir diferencia en el estilo de percibir las cosas divinas e incluso creo que ni en eso ya ambos estaban al tanto de que arriba estaba Dios. No había que alabar en Sócrates nada diferente a su manera de ser, ya que todo adoptaba un aire grave en su presencia y ponía en alerta a los interlocutores de suerte que deducían a qué atenerse. Jamás se le vio mezclar el tener y el no tener, o el sí y el no sobre un contenido, en ningún tiempo tampoco se le vio religar el poseer y el no poseer la razón o lo superficial con lo profundo, lo suyo era vertical sin esguinces ni roturas. No fue pues un maestro del equívoco como L. Sterne⁵⁴ (1713-68) un escritor decididamente independiente (Nietzsche, Humano, demasiado humano, I-113) ni un maestro de la retórica como G. Boccaccio⁵⁵ (1313-1375) cuyo perfil literario, autónomo

igualmente, se convirtió en modelo de la prosa italiana. Fue simplemente un sabio que desplegaba impresiones de certidumbres entre propios y extraños, a pesar de que y lo repito, sabía que no sabía nada.

El proferir juicios morales, el condenar actitudes honestas he aquí las reparaciones favoritas de los necios, y precisamente una especie de satisfacción se posó por un instante sobre Atenas al morir Sócrates, reputaban ellos que se habían liberado del tábano azuzador, pero qué equivocados se hallaban, su muerte iba a resucitar lo que estaba perdido o lo que él reclamaba y entonces el pueblo viró, hizo un giro de ciento ochenta grados y los acusadores fueron puestos contra la pared y les pasaron la cuenta de cobro, la alegría inicial por la desaparición del gran hombre se tornó en llanto y amargura, pero nada había que hacer salvo recordarlo y poner en práctica sus admoniciones. Era ya un raudo ministro que resquebrajaba los aires y cuya acrobacia lo elevaba al empíreo, ya se había marchado, en donde el ojo no podía seguirle. ¡Adiós cielos brillantes, no me miréis con reproche, vosotros no fuisteis hechos para mí, tierra, toma estos huesos... (Byron, *Manfredo*).⁵⁶ Los últimos días de Sócrates fueron ejemplares, durante ese interregno le fue propuesta la huida y la petición de indulto, rechazó ambas cosas al mismo tiempo que echaba en cara a sus amigos lo que él estimaba indigna cobardía, puesto que creía en la inmortalidad del alma, igual que Jesús (Jn 14, 1 y ss.).⁵⁷ Las páginas del diálogo *Fedon*⁵⁸ en que sus camaradas

54. *Op. cit.*, Nietzsche, Federico. pp. 214 y ss. Madrid.

55. Meisel, Roberto (2004). *De algunos de los protagonistas del segundo milenio*. Editorial Universidad Simón Bolívar. Volumen I. Tomo I. Bogotá. pp. 220 y ss. Barranquilla, Colombia.

56. Torres, Carlos Arturo (2001). *Obras completas*. Tomo 2, Ediciones Instituto Caro y Cuervo. p. 237 y ss. Bogotá, Colombia.

57. *La Santa Biblia* (1989). Juan Capítulo 14 Versículos 1-ss. p. 1348. Bogotá.

evocaban las ansias que tenían de que se quedara un tanto más con ellos, ha resultado ser de la más sublime y profunda emoción, hasta el punto que la noche antes de quitarse la vida, Catón de Útica,⁵⁹ para no caer en manos de la magnanimidad de César, tenía entre sus manos un ejemplar de ese coloquio platónico.

Conclusión

Esta breve evocación del proceso contra Sócrates ayudará tal vez a matizar la imagen común de una pugna heterogénea entre el filósofo y su ciudad que ha quedado fusionada al destino socrático, porque aunque se suponga que por tal causa es famoso este hombre obeso, caricaturesco y barrigudo se debe recordar que los oradores contemporáneos de tal suceso Lisias, Isócrates y Andócides no hicieron ninguna mención al mismo, y por ende la posterior afirmación de Diógenes Laercio⁶⁰ (“apenas muerto Sócrates, los atenienses se arrepintieron y condenaron a sus acusadores”) debe ser prohijada con cautela y mirar asimismo las reflexiones de Platón y Jenofonte⁶¹ como se echan de ver los textos evangélicos, con mucha fe y confianza de que por lo menos así pudieron acontecer tales lances, de pronto no con tanta parafernalia o fidelidad. Eso no borrará de un plumazo la actitud crítica de Sócrates, por el contrario, comprobará que su muerte solo fue la puntada que

aguardaba el destino para espolearlo al panteón de los héroes del espíritu. En todo caso, como dijo Nietzsche,⁶² “el mejor obsequio que puede brindar el hado es hacer que un hombre luche algún tiempo en el terreno del adversario, porque así estará predestinado a la victoria y supongo que él lo supo hacer de esa manera hasta el último momento sin claudicar, consciente de que había sido una decisión de los dioses y ellos los sabían todo y lo que era mejor, sabían lo que convenía a cada sufrido mortal.

I. Fuentes Bibliográficas

- Aristóteles (1982). *El Organon*. Introducción de Jules Tricot. 2 volúmenes, Ediciones Gredos. Madrid, España.
- Aristóteles (1995). *Metafísica*. Ediciones Universales. Bogotá, Colombia.
- Boorstin, D. (1984). *Los Creadores*. Editores Crítica. Barcelona, España.
- Boorstin, D. (1999). *Los Pensadores*. Editores Crítica. Barcelona, España.
- Brunschwig J. y Lloyd, G. (2000). *El saber griego*. Ediciones Akal. Madrid, España.
- Carlyle, Th. (1984). *Los Héroes*. Ediciones Orbis. Barcelona, España.
- Carteledge, P. (1997). *Demócrito*. Editorial Norma. Bogotá, Colombia.
- Cassirer, E. (1995). *Antropología filosófica*. Editorial Fondo de la Cultura, FCE. México.
- Casany, P. (2003). *Introducción al comentario*

58. *Op. cit.*, Brunschwig J. y Lloyd, G. pp. 585 y ss. Madrid.

59. Howatson (1991). *Diccionario de la Literatura Clásica*. p. 360. Alianza Editorial. Madrid, España.

60. *Op. cit.*, Laercio, Diógenes. pp. 55-64. Ediciones Universales. Bogotá, Colombia.

61. *Op. cit.*, Brunschwig J. y Lloyd, G. pp. 458 y ss. Madrid.

62. Nietzsche, Federico (1994). *El origen de la tragedia*. pp. 213 y ss. Editorial Alianza. Madrid, España.

- de texto filosófico*. Ediciones Tilde. Valencia, España.
- Cicerón y Séneca (1978). *Tratados morales*. Ediciones Grolier. México.
- Eco, H. (2007). *Historia de la fealdad*. Ediciones Lumen. Barcelona, España.
- Finley, Moisés (1975). *Aspectos de la antigüedad. Descubrimiento y disputas* (Atenas y Sócrates). Editorial Ariel. Barcelona, España.
- Gadamer, H. G. (1977). *Verdad y método*. Editorial Sígueme. Salamanca, España.
- Geymonat, L. (1984). *Historia del pensamiento filosófico y científico*. Vols. I y II. Serie Filosofía. Editorial Ariel. Barcelona, España.
- Gelb, M. (1991). *Inteligencia genial*. Editorial Norma. Bogotá, 1999.
- Goethe (1991). *Obras Completas*. 4 volúmenes. Ediciones Aguilar. México.
- Heidegger, M. (2005). *¿Qué significa pensar?* Caronte Filosofía. Buenos Aires.
- Jaegger, W. (1994). *Paideia*. Editorial Fondo de la Cultura FCE. México.
- Jaegger, W. (1993). *Aristóteles*. Editorial Fondo de la Cultura FCE. México.
- Jaegger, W. (1991). *Demóstenes*. Editorial Fondo de la Cultura FCE. México.
- Jellinek, G. (2000). *Teoría general del Estado*. Editorial Fondo de la Cultura FCE. México.
- Kramer, H. (1996). *Platón y los fundamentos de la metafísica*. Ediciones Monte Ávila. Caracas, Venezuela.
- La Santa Biblia* (1989). Versión Reina Valera. Editorial Sociedades Bíblicas Unidas. Bogotá, Colombia.
- Laercio, Diógenes (1985). *Vidas y opiniones de los filósofos más ilustres*. Ediciones Universal. Bogotá, Colombia.
- Mejía Toro, Jorge Mario (2003). *El teatro filosófico y la rapsodia*. Editorial Universidad de Antioquia. 1a Edición. Medellín, Colombia.
- Meisel, Roberto (1997). *La mesa redonda*. Editorial Tercer Mundo. Bogotá, Colombia.
- (2004). *De algunos de los protagonistas del segundo milenio*. Volumen I. Tomo I. Editorial Universidad Simón Bolívar. Barranquilla, Colombia.
- (2008). *De Algunos de los Protagonistas del Segundo Milenio*. Volumen I. Tomo II. Editorial Universidad Simón Bolívar. Barranquilla.
- Meisel Lanner, Roberto (2008). *Analogía entre Sócrates, Jesús y Nietzsche a partir del pensar*. p. 8. Proyecto inédito disponible en la Corporación Universitaria Rafael Núñez. Barranquilla, Colombia.
- Nietzsche, Federico (1995). *Humano, demasiado humano*. Edaf Editores. Madrid, España.
- Nietzsche, Federico (2001). *Más allá del bien y del mal*. Edaf Editores. Madrid, España.
- Nietzsche, Federico (2002). *La gaya ciencia*. Editores Mexicanos Unidos. México.
- Platón (1992). *Diálogos*. Introducción general por Emilio Lledó I. Biblioteca Clásica, 7 tomos. Ediciones Gredos. Madrid, España.
- Ruiz, F. (2003). *Platón*. Libro VII de La República. Editorial Tilde. Valencia, España.
- Russel, B. (1995). *Historia de la filosofía occidental*. 2 tomos. Editorial Espasa. Madrid, España.

- Sábato, E. (1980). *Ensayos*. Ediciones Losada. Buenos Aires, Argentina.
- Tucidides (1989). *Historia de la guerra del Peloponeso*. Editorial Alianza. Madrid, España
- Torres, Carlos Arturo (2001). *Obras completas*. Tomo 2. Instituto Caro y Cuervo. Bogotá, Colombia.
- Toynbee (1989). *Historia de las civilizaciones*. Editorial Alianza. Madrid, España.
- II. Dictionarios**
- Abbagnano, N. (1994). *Diccionario de filosofía*. Fondo de la Cultura FCE. México.
- AO (1995). *Autodidacta Océano*. Enciclopedia Océano. Barcelona, España.
- Cioran (1994). *Silogismos de la amargura*. Editores Tusquets. Barcelona, España.
- Colliers (1991). *Encyclopedia MacMillan*. New York City, USA.
- El Tiempo* (1996). Historia Universal. *The Times* y Diario *El Tiempo*. Bogotá, Colombia.
- Espasa (1999). *Enciclopedia Universal Ilustrada*. Espasa-Calpe. Madrid, 1999 y siguientes ediciones y reimpressiones. Tomos números 2, 3, 6, 11, 34, 58, 59, 62, 67, 68 y 69.
- Ferrater Mora (1995). *Diccionario de filosofía*. 4 volúmenes. Editorial Alianza. Madrid, España.
- Howatson (1991). *Diccionario de la Literatura Clásica*. p. 360. Alianza Editorial, Madrid, España.
- Larousse (1980). *Gran Enciclopedia Larousse*. Planeta. Barcelona, España.
- Larousse (1996). *Diccionario El Pequeño Larousse*. Editorial Larousse. Buenos Aires, Argentina.
- Martínez y Martínez (1996). *Diccionario de filosofía*. Panamericana Editores. Bogotá, Colombia.
- Nauta (1981). *Gran Diccionario y Gramática de la Lengua Española*. Ediciones Nauta. Barcelona.
- Pouppard, P. (1995). *Diccionario de las religiones*. Ediciones Herder. Barcelona, España.
- Rosental Iudin (1995). *Diccionario filosófico*. Ediciones Universales. Bogotá, Colombia.